

la comisión organizadora de los actos del 1° de mayo. Ese día, luego del acto central en plaza Constitución, por la noche se celebra otro en el club socialista alemán *Vorwärts*, del cual Lugones es el principal orador. *La Montaña* edita un número especial con motivo del 1° de mayo, con textos de Paul Verlaine, Marx, Tolstoi, Macedonio Fernández, Ingenieros y el propio Lugones, quien, en su artículo, califica al Estado como «la maquinaria de tortura bajo cuya protección debemos moldearnos como las fichas de una casa de juego»¹³.

Luego de recibir una sanción monetaria del intendente de Buenos Aires, Francisco Alcobendas, quien pretexta que un artículo de Ingenieros atenta contra la moral pública, y de sostener polémicas con diarios anarquistas como *La Armonía* o *El Oprimido*, el 1° de setiembre de 1897 se publica el último número de *La Montaña*.

El cierre de *La Montaña* realiza el doble desarraigo, político y artístico, de Lugones. El primero ya había comenzado con su salida del Partido Socialista, cuyos motivos, que van del elogio aristocrático de la monarquía a la crítica de «la ideología pequeño-burguesa» del justismo, constituyen todo un aviso de cómo está resolviendo Lugones su intento de ligar cuestión obrera y cuestión intelectual. Pero la breve experiencia de *La Montaña* no sólo significa la segunda etapa del desarraigo político lugoniano, sino que tiene resonancias también en lo artístico, dados los caracteres culturales del periódico. No es la primera vez que Lugones ve caer una empresa cultural autónoma, pues *El Pensamiento Libre* también había fracasado. Debe continuar entonces trabajando para otros. Su oficio de poeta no puede plasmarse como profesión libre, sino que permanece, a los efectos materiales, en estado de vocación.

Aunque no todas son malas noticias. Con el final de *La Montaña* Lugones puede, ahora sí, verse a sí mismo *fuera* del mundo en el que vive. Esa pugna que había iniciado impensadamente en el Colegio Montserrat, continuada con los poderes establecidos –políticos y culturales– de Córdoba, más tarde con la línea oficial del Partido Socialista y, finalmente, no sólo con sus pares anarquistas sino también y simultáneamente con el orden y la moralidad porteños, toca a su fin con victoria para Lugones, precisamente porque ahora puede autorrepresentarse como aquel que lucha contra los más fuertes poderes y por eso cae derrotado.

Para él, el artista debe poder ser libre y, en tanto tal, reconocido. Con su imaginaria expulsión del mundo ha conquistado su libertad. Pero ésta todavía se manifiesta como desarraigo. Veamos cómo intenta conquistar un reconocimiento que lo mantenga libre pero lo saque de su destierro.

¹³ Citado por Canedo: Op. cit., p. 58.

Las montañas del oro, donde habita el poeta

Los rastros de la búsqueda lugoniana de ligar cuestión obrera y cuestión intelectual pueden encontrarse en su poema de 1897, *Las montañas del oro*¹⁴, donde el proletariado y el poeta ocuparán unos sitios precisos.

El proletariado es, en primer lugar, un conjunto, no una determinada cantidad de sujetos. Lo que lo unifica es su situación de opresión, traducida en sus integrantes en una pérdida de todo rasgo de individualidad, de autonomía y de conocimiento. Tampoco el conjunto en cuanto tal posee subjetividad: es una masa, esto es, lo informe, lo dominado por lo cuantitativo. Asimismo, se encuentra en lo bajo, hundido, y su única marca vital es el andar, amén de unas ideas que –por su condición de masa– no puede explicitar: lo habitan, pero no son vividas por él. Las cualidades del proletariado, en tanto masa, son aquellas que requieren irracionalidad, como la autoinmolación.

Si el caminar es el único signo de que algo en él hay vivo, también da pistas de una fisonomía: se trata de un andar casi mostrenco, de exageradas zancadas. La marcha va de la oscuridad a la luz.

El sitio de la masa avisa qué lugar ocupa el poeta. Éste puede ver el conjunto, por lo tanto se encuentra en una posición más elevada, aunque no sepamos todavía si en las alturas, puesto que la masa –cabe recordar– está hundida.

Abre el poema escribiendo Lugones

*Es una gran columna de silencio i de ideas
En marcha.
(...)
Va en esa gran columna de silencio i de ideas
Que el poeta ve alzarse desde las hondas grutas*

El Sol es su vanguardia!

*–Por las eternas rutas
Que accidentan la historia, van los pasos enormes.
Es un largo desfile de tinieblas informes.
(...)
El cielo se repite en las frentes radiosas
No importa que ellas sean claras, ó misteriosas
O formidables, siendo capaces del martirio.
(...)*

¹⁴ Cito por la edición de Centurión, Buenos Aires, 1947.

El poeta, como se ha visto, está separado de la masa, pero no alejado sino cerca, pues la divisa. Si la masa marcha en travesía, también el poeta está en pleno derrotero. Pero el poeta no viene de la oscuridad, ni va a la luz. No se puede ir adonde se está. Tampoco tiene el poeta una guía exterior: él es su propio conductor. Mientras el proletariado hace un camino terrenal, de las grutas a la luz, guiado menos por su voluntad que por un fenómeno natural (la luminosidad solar), el poeta se halla dividido, pues su pensamiento no es de este mundo, pero su cuerpo sí. El exilio es el de su cuerpo, que se aleja de Dios dejando allí el pensamiento, su cabeza, arrastrado/atraído por el barro de la necesidad mundana.

La frente del proletariado era una frente de masa, sólo capaz del sacrificio, y la única luz que en ella había era exterior, reflejada por su sudor. Pero la frente del poeta es la de la palabra, de ahí su luminosidad, que es propia.

*El poeta es el astro de su propio destierro
Él tiene su cabeza junto a Dios, como todos,
Pero su carne es fruto de los cósmicos lodos
De la Vida. Su espíritu del mismo yugo es siervo,
Pero en su frente brilla la integridad del Verbo.*

La luz a la que va a su encuentro la masa es la que irradia la cabeza, como hecho físico e intelectual, del poeta. Y ahora sabemos que es luz divina porque no sólo da voz y vista a la masa, sino porque también se hace cargo del mundo al darle sentido. Alumbrar es su misión, y para ello cuenta con Dios, al que está más próximo que a la masa.

*Cada vez que una de esas columnas, que en la historia
Trazan nuevos caminos de esfuerzo i de victoria,
Emprende su jornada, dejando detrás de ella
Rastros de lumbre como los pasos de una estrella
(...)
Uno de esos enjendros del prodigio, uno de esos
Armoniosos doctores del Espíritu Santo,
Alza sobre la cumbre de la noche su canto.
El canto de esos grandes es como un tren de guerra
Cuyas sonoras llantas surcan toda la tierra.
Cantan por sus heridas, ensangrentadas bocas
De trompeta, que mueven el alma de las rocas
I de los mares. Hugo con su talón fatiga
Los olímpicos potros de su imperial cuadriga;
(...)
De sus grandes cabellos se ve surgir la aurora.
Dante alumbró el abismo con su alma. Dante piensa.
(...)*

*Whitman entona un canto serenamente noble.
Whitman es el glorioso trabajador del roble.
(...)
I todo cuanto es fuerza, creación, universo,
Pesa sobre las vértebras enormes de su verso.
Homero es la pirámide sonora que sustenta
Los talones de Júpiter, goznes de la tormenta.
Es la boca de lumbre surgiendo del abismo.
Tan de cerca le ha hablado Dios, que él habla lo mismo*

El encuentro con la luz puede cegar e impedir el reconocimiento. Una respetuosa distancia debe relacionar el objeto con su fuente luminosa. La masa tiene una sutil tarea por delante: si se deja atraer porque la luz está por encima de ella, al intentar ponerla a su altura, quedará privada de una lumbre adecuada. Esa desigualdad entre la luz/poeta y la oscuridad/masa debe ser preservada, para que esta última sea iluminada. Pero también para que el poeta sea reconocido por la masa. La legitimación del poeta por la masa es el único episodio en el cual aquél aparece subordinado a ésta: si ese reconocimiento no se produce, su cuerpo seguirá vagando por el lodo terreno y nunca se reencontrará con su cabeza en la cima. La masa es la única que puede poner fin al destierro del poeta.

*En todas las montañas sólo la cima es pura.
La cima es el esfuerzo visible del abismo
Que lucha en las tinieblas por salir de sí mismo.
El alma tiene una: Dios. Si el alma descuella
Sobre su propio vuelo, se reconoce en ella.*

*Pueblo, sé poderoso, sé grande, sé fecundo;
Ábrete nuevos cauces en este Nuevo Mundo:
Respira en las montañas saludables alientos;
(...)
Proclama á Dios, en frente de las excelsas lumbres
Del Sol. Los arrabales del cielo son las cumbres,
Castiga, si hai infamia qué castigar; nivela
Los antros, no las cimas; (...)*

*(...)
Los siglos te desean, pero tu alma está obscura
Todavía; la llama divina que fulgura
Sobre el total esfuerzo de las razas, no brilla
En tu cabeza. El árbol duerme aún en la semilla.
Mas la semilla en lo hondo del porvenir vegeta.
De ella surgirá este átomo, este sol:*

Un poeta!

Un poeta? Es preciso. Dios no trabaja en vano.